

701342

EL MERCURIO — Domingo 9 de Julio de 1972 — 5

Crónica Literaria

Por ALONE

El Libro de Oro del Convento de San Francisco.— Se ha dicho que el subterráneo de Santiago está pavimentado de "primeras piedras"; pero esas semillas de monumentos, regadas con discursos y que prometían hacer salir estatuas de próceres sobre su pedestal con los correspondientes medallones conmemorativos a sus respectivas fechas, no consiguieron aflorar y están ahí, durmiendo el sueño de sus glorias, en espera de un imparable despertar.

Tenemos que, en cambio, existe una bien establecida, la más antigua de todas, cuya esperanza no fue defraudada y que justamente estos días ha estado de cumpleaños o, más exactamente, de cumple siglos.

Es la que los conquistadores enterraron bajo la iglesia de San Francisco, junto al claustro del Convento franciscano. Dice una inscripción en la puerta del templo:

"Se puso la primera piedra de esta Iglesia el Sábado 5 de Julio del 1672. Colocóse el Santísimo Sacramento en los dos tercios de ella que se acabaron el día de San Lino Papa en 23 de enero de 1697. Y se puso de todo punto dicha iglesia el año 1618, noventa y seis años después que se comenzó".

Van, pues, cuatrocientos años y algunos días. A través de guerras, terremotos, catástrofes, revoluciones y tanta perturbación ha amenazado la solidez de los viejos muros, ocurre que éstos no sólo permanecen todavía en pie sino que los daños apuntados los extraños de una obra modernísima, lujosamente impresa "by Giovanni Trimboli S.N.C. Italy" donde la restauración del templo y el renovado esplendor de las pinturas que decoran el claustro adyacente aparecen, frescos, ofrecidos a la admiración de fieles e infieles, maestros y profanos, como si el tiempo no hubiera trascurrido.

Consolidada lección, reconfortante enseñanza y testimonio de que, en el torrencio del acontecer y sus transformaciones, no todo pasa ni se pierde y cierta chispa interior permanece.

Abramos el considerable volumen.

No consta de numerosas páginas. Es, declara el título, un "Album de las pinturas que representan el nacimiento, vida, milagros, santidad y el último trance de Nuestro serafico Padre San Francisco ejemplar desde hace tres siglos para la Orden Franciscana de Santiago de Chile y en cuyo Convento se halla".

La última página, digna de ser la primera, expresa los agradecimientos del Ministro Provincial de la Orden Franciscana en Chile, R.P. Francisco Javier Mac Nabon, a los que han hecho posible financieramente la restauración del Monumento Nacional que es el Convento de San Francisco, nomina muy instructiva y también alentadora donde todo a todo, la Presidencia de la República y la Manufacturera de Papeles y Cartones, el diario "Clarín" y el diario "El Mercurio", fuera de instituciones oficiales a no, unidas en la misma generosidad y, particularmente, el gran promotor de la idea, señor Paul Frings y el Director General de la Unesco, señor Rene Nabon.

La empresa, vasta, delicada y costosa, no habría podido sin ellas llevarse a cabo ni aún esperar, pues aún no está concluida.

Son los milagros del espíritu franciscano, uno más del santo a quien Renán tributaba homenaje al y que, según el decir de un fraile de la Orden, el autor de la "Vida de Jesús" le debería su salvación.

Por ahora le debemos la del Convento y la Iglesia más antiguos de Chile.

Recordando su "breve historia", aquí consignada, y la "descripción de los cuadros" de la vastísima galería claustral, sabia y minuciosamente hecha por Luis Oyarzún Peña, no dejarán acaso los profanos de atribuirle también al círculo de su

helleza primitiva que tan cándida seducción ejerce sobre todos, aun los menos capaces de peregrinación y andadura.

Este trabajo se lo facilita a los indócitos el texto trilingüe, español, inglés, alemán, de que el profesor Oyarzún se ha encargado, competentemente, en su calidad de artista y buen escritor.

No vamos a entrar en el detalle de esa copiosa monografía. Importunadamente reseña Oyarzún esa fiesta de milagros, escenas y colores donde la vista se recrea, transportada a un mundo en que lo maravilloso constituye la regla y todos los esplendores del gusto decorativo y la magnificencia renacentista se juntan para seguir la vida del Pobrecillo de Asís que se despoja de todo, hasta de la camisa, para imitar al Redentor. Puntualiza fechas aquí, cita autoridades allá, aduce más leídas opiniones eruditas de Pereira Salas, perito en historia, señala influjos de escuelas pictóricas y explicita de acuerdo con Antonio Romero "el sistema de líneas y de formas sustentadoras de la composición, el equilibrio de las masas y el tratamiento general del claro oscuro", insinuando que aún queda mucho por descubrir en la investigación estética y técnica de la notable serie de pinturas o "cátedra de misterios"; pero dejando sentada en líneas generales las bases para un estudio más profundo.

Cuando las catedráticas de Historia y Bellas Artes lo emprendan, si tienen verdadero ánimo de justicia, deberán reservar un capítulo a los elogios merecidos por el restaurador de las cuadros franciscanos y uno de los organizadores de la exposición definitiva, Ramón Campos Larenza. De sus manos y de su taller, con algo de méjico, han salido más de una figura borrosa o alterada tal como el artista original las trazó y como las contemplaron sus contemporáneos de siglos atrás. Sus pinceles e instrumentos son como la varilla de virtud y sus acidos y reactivos poseen la ciencia del doctor Fausto y desdican el claxo de la juventud.

Alegremones.

Avanza desde el Poniente la máquina infernal del Metropolitano arrasando el presente; todo, al centro, a un lado, a otro lado, son cambios, trastornos, abstracciones y precipicios, mientras el estrépito de las palas mecánicas, con su ruido de monstruos prehistóricos, contribuye al desconcierto general y establecen un desorden al que ¡ay! no estamos sino demasiado expuestos en distintas esferas.

Pellamente, no hay motivos de inquietud.

Allá, sobre el horizonte cordillerano, esbelta, equilibrada, armónica, llena de una antigua serenidad, protectora y fulminante, amiga de todos, la torre del templo franciscano se alza desde hace siglos, alguna vez derrubada, siempre reconstruida sobre los mismos muros del siglo XVI, testimonio tranquilo de que las renovaciones no alcanzan hasta "las estructuras profundas" que conseguir sin sensales querrían abolir "para empezar, por cero", o sea, por la nada, por la no-cultura, por la no civilización, como si estas fuera dado improvisar las de un día a otro, mediante ideas provincianas cuya fragilidad está demostrando día a día la experiencia y que periódicamente se encienden y se apagan.

El Libro de Oro del Convento de San Francisco lo comprueba.

El área que ocupaban los claustros volutales ciertamente ha disminuido de tamaño y no podían los frailes de hoy, como los de otra época, coetáneos de "El Hermano Asno", errar allí sus ovejas para el sustento de la estrada; pero todavía son capaces de proporcionar una alimentación de orden celeste al gran número que la hacen ofreciéndoles, con la misma generosa amplitud del Pobrecillo, un pan imprescindible.

El libro de oro del Convento de San Francisco [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El libro de oro del Convento de San Francisco [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile